crimen; decreto: Son piratas los salteadores y detentadores del vapor mercante Washington, y del vapor de guerra Guayas. En consecuencia, pueden ser perseguidos y tomados por todo buque de guerra extrangero, aun en las aguas nacionales. Los piratas serán juzgados en consejo de guerra verbal, y se les impondrá la pena señalada en el código penal, esceptuados los que, arrepentidos de su crimen, invoquen espontáneamente la generosidad del gobierno. Los que intenten en cualquier punto de la república favorecer con trastornos las miras anárquicas de los píratas, serán igualmente juzgados en consejo de guerra y castigados con la pena capital, siempre que figuren como caudillos, gefes ú oficiales de sus partidaríos. Se esceptúan, del mismo modo, los que voluntariamente invoquen la clemencia del gobierno. »

A este seguia otro decreto concerniente al ejército, no ménos riguroso que el anterior :

« Considerando que la paz de la república se encuentra seriamente amenazada por el atentado que ha tenido lugar en la noche del 31 de Mayo último, decreto : se declara el ejército en campaña. Los reos de delitos de desercion serán juzgados en juicio verbal, con arreglo á las disposiciones del decreto legislativo de 28 Abril del año anterior. El presidente de la república se encarga en persona del mando del ejercito 1. »

A la simple lectura de entrambos decretos, se comprendió que eran la muerte para todo insurgente sorprendido en fragrante delito, y para todo soldado infiel á su deber. Conocíase harto bien la implacable justicia del presidente para saber que sus órdenes no serian letra muerta, y se apoderó el terror de los revolucionarios, tanto en la ciudad como en los cuarteles, y la tumultuosa Guavaguil, despues de haberse tambaleado durante algunos dias como un volcan en erupcion, cayó de pronto en un marasmo completo. No obstante, preguntábase la gente con un sentimiento de curiosidad bien natural, ¿como se gobernaria esta vez Garcia Moreno para vencer á aquellos piratas á quienes era fácil exterminar por decretos, pero que desde sus buques se mofaban soberanamente de sus soldados? Veíasele en pié, de la mañana á la noche, dando sus órdenes á los diferentes cuerpos del ejército, observando con la mas escrupulosa atencion los movimientos del enemigo, tomando informes exactos de la posicion de los buques insurgentes; pero ¿cual era su plan de ataque, ó siquier, de resistencia? La llegada del vapor inglés Talca, al que esperaba con impaciencia febril, reveló su idea, no ménos audaz que el abordaje del Guayas. Sin que los piratas pudiesen esperarlo, y para poner coto á los movimientos insurreccionales que iban á provocar en el litoral, se propusó ir á batirlos en la rada misma de Jambeli, donde estaba anclada su flotilla.

Como siempre, su secreto solo fué conocido en el momento de ser ejecutado. Así que el Talca entró en el puerto, Garcia Moreno suplicó al consul inglés que se lo cediese momentaneamente para armarlo en guerra y dar caza á los filibusteros. Como esta peticion parecia conforme al derecho de gentes, el consul dió su consentimiento, mediante una indemnizacion. Habian comenzado ya los trabajos de armamento, cuando el consul, viendo, sin duda, perdido el barco, exigió el precio en venta que él estimó de 50.000 libras ó sea 1.250.000 pesetas. No teniendo tiempo de discutir con John Bull, Garcia Moreno

¹ El Correo del Ecuador, 9 de Junio de 1865.

declaró cerrado el trato, y entónces le llegó la vez al capitan, que comenzó á protestar contra la venta de un buque de quien era responsable. Sin tomarse siquiera la molestia de presentar sus reclamaciones á Garcia Moreno, dió órden á sus marineros de expulsar á los obreros y soldados, y arrancar la bandera ecuatoriana que ya ondeaba sobre el vapor. Para apoyar sus protestas, pidió socorro á una fragata española, que le prometió hacer fuego contra el buque, si salia del puerto sin su consentimiento.

En vista de estas dificultades, el presidente comprendió que era tiempo de obrar como dueño. Representó al fogoso capitan que el derecho de gentes le autorizaba en las circunstancias en que se hallaba, para apoderarse de su buque, salvo el indemnizarlo de daños y perjuicios; pero que habiendo consentido en comprarlo para evitar toda contestacion, las reclamaciones eran absolutamente injustas. Replicó el capitan que iba á enarbolar su bandera y que para arrancarla seria preciso pasar por encima de su cadáver. « Y yo, dijo, Garcia Moreno, fulminando con su mirada, yo voy á fusilaros en este mismo instante, y vuestra bandera os servirá de mortaja. » El inglés, viendo que los soldados avanzaban á una señal de su jefe, se retiró echando votos. Pero no era esto todo. Al visitar la máquina se vió que estaba descompuesta, maltratada y falta de muchas piezas necesarias. Garcia Moreno se apoderó de los dos maquinistas, y les mandó, pena de la vida, que reparasen immediatamente los desperfectos, á presencia de un mecánico, que vigiló minucio samente sus operaciones. Cuatro soldados fueron encargados de vigilarlos y de hacerles saltar la tapa de los sesos, si se mostraban recalcitrantes.

Terminados los preparativos, se armó el buque

con cinco grandes cañones, municiones de toda especie, hachas é instrumentos de abordaje. Conservadores y liberales auxiliaban á los soldados con maravilloso empeño, los unos por adhesion á Garcia Moreno, los otros por librarse pronto de él, dejandolo entregado á sus locas aventuras. Tan inevitable parecia el desastre, que los marinos para, prestar su servicio, exigieron sumas exorbitantes. No se encontró un maquinista por ménos de veinte mil duros. Cuando se apeló á los buenos oficios de los médicos, uno de ellos se escondió cobardemente. Garcia Moreno lo declaró desertor y privado de sus derechos de ciudadano. En cuanto á los soldados, antes del embargo, les dijó : « Necesito gentes de corazon : que los valientes se pongan á mi derecha y los cobardes á la izquierda »; y en un volver de ojos todos se pasaron á la derecha. Escogió doscientos cincuenta, con oficiales determinados para mandarlos y los hizó subir á bordo. Un sacerdote acompañaba la expedicion, como consolador supremo en el momento del peligro.

Estando todo el personal á bordo del Talca, del vaporcillo Smyrh que iba en descubierta, Garcia Moreno animó á soldados y marinos á cumplir valerosamente con su deber. « Defensores de la patria, les dijó, vamos á dar frente á esos piratas que nos han robado el Washington y el Guayas, despues de haber asesinado al comandante Matos. Ellos se creen seguros de la impunidad, porque nos faltan buques para perseguirlos; esperan continuar asi sus insultos al país y los latrocinios de que viven, á espensas del pueblo; pero se equivocan: tenemos buques y contamos con la protección de Dios, vengador de la justicia ultrajada; de Dios, cuyo poderoso brazo alcanza á los malvados, ocúltense donde quiera. Es menester dar

á esos bandidos castigo pronto y ejemplar, para que respiren en paz los hombres de bien.

«¡Marinos y soldadós! Voy á tener la honra de acompañaros para ser testigo de vuestro valor y de vuestra disciplina, y para recompensaros dignamente. La intrepidez y pericia de vuestros jefes y oficiales, y vuestro denuedo conocido, nada me dejarán que hacer. Lo único que sentireis es que teneis que combatir contra enemigos indignos de vosotros, contra viles piratas y cobardes asesinos, contra lo mas abyecto y lo mas infame. Pero la patria os impone este sacrificio, y en sus aras no hay ninguno superior á vuestro esfuerzo y á vuestra resolucion. Marchemos, pues, y cumplamos todos con nuestro deber.»

Electrizados por estas nobles palabras, los soldados salieron del puerto gritando: ¡Viva Garcia Moreno! Los conservadores respondieron desde el muelle, mientras que los liberales se dirigian de soslayo una mirada de compasion. Los marinos y soldados de la fragata española se encogian de hombros al ver á los bravos ecuatorianos marchar estúpidamente, con su jefe á la cabeza, á una muerte segura. El hecho es que no podia pensarse sin temblar en el encuentro que iba á verificarse en condiciones tan desiguales. Además de los tres buques armados de cañones, tenian los enemigos una goleta bien equipada para servírles de guia. El Perú les habia provisto de considerable número de soldados; pues acababa de saberse que, despues de un combate sangriento contra la guarnicion de Santa Rosa, la ciudad habia sido ocupada por trescientos filibusteros. Urbina y Robles á bordo del Washington, volvian á Jambeli remolcando una embarcacion cargada de prisioneros, que debian ser fusilados al dia siguiente.

Garcia Moreno zarpó del puerto de Guayaquil el 25 á las seis de la tarde. El 26, á las ocho de la mañana, los botes de descubierta, reconocieron la posicion de los buques enemigos en la rada de Jambeli. El Guayas y el Bernardino con la goleta estaban reunidos en avance, mientras que el Washington, recientemente arribado de Santa Rosa, permanecia anclado en una bahia bastante lejana.

El momento era solemne y decisivo. Apenas los insurgentes, estupefactos por de pronto, reconocieron á los asaltantes, colocáronse en órden de batalla, é hicieron fuego con todas sus piezas. Los doscientos cincuenta valientes del Talca se extremecieron al ver aquellas baterias dirigidas contra ellos. « Nada de inútiles descargas, exclamó Garcia Moreno: puñal en mano y derechos sobre el Guayas ». Enardecidos con la sangre fria de su jefe, los soldados empuñaron su machete. — « A todo vapor, derechos al enemigo! ; La proa al costado del Guayas! » ; El buque partió como una flecha en medio de las descargas que no le alcanzaban. Una vez puestos á tiro, Garcia Moreno dió á su vez la señal de ataque : los cañones truenan á un tiempo, y una bala bien dirigida hace tremenda brecha á flor de agua, á babor del Guayas, lo cual ocasiona el mas completo desórden en todo el equipaje. Presto como el rayo, el Talca cae sobre él en aquel mismo momento, y con un golpe de proa, ensancha la brecha y vuelca á marineros y soldados. En medio del horrible desórden, los soldados de Moreno se lanzan sobre el buque enemigo, y á puñaladas, hachazos y tiros de revolver, sacrifican á cuantos filibusteros se les ponen por delante. Cuarenta y cinco solamente que pudieron escapar á la carniceria, fueron trasbordados al Talca.

Mientras se apoderaban sin resistencia del Bernar-

dino y de la goleta, igualmente con grandes averias. el Smyrk corria hácia el Washington que tenía á bordo, segun hemos dicho, á los dos héroes Urbina y Robles, muy ufanos con el éxito de la víspera. El Washington estaba todavia anclado, y la baja mar le habia dejado casi en seco á pocos metros de la costa. Oficiales y soldados, en alegre banquete, hacian copiosas libaciones para celebrar la victoria de su gran jefe, cuando el ruido del cañon los vino á sacar del sueño ó de la borrachera. La sorpresa y el miedo produjeron tal pánico, que soldados, oficiales y marineros se lanzaron al agua en pos del valiente Urbina, y ganaron á toda prisa, recorriendo las marisma, los sombrios bosques vecinos. Cuando el Smyrk, seguido luego del Talca, pudo remontar, el Washington estaba completamente abandonado. En su precipitacion, los fugitivos no habian tenido tiempo de llevarse la caja y la interesantísima correspondencia de Urbina con sus hermanos de Guayaquil. Tres dias despues la villana partida de aventureros, comprendida entre ellos la guarnicion de Santa Rosa, repasó la frontera del Perú, bien decidida á renunciar por mucho tiempo los combates de mar y tierra.

Los vencedores pudieron entónces darse cuenta del resultado de la jornada. Salvo el Guayas, que se habia ido á pique algunos minutos despues del combate, estaban en posesion de la pequeña escuadra de Urbina, el Bernardino, el Washington, la goleta, otro buque de vela, en el cual afortunadamente se hallaban los prisioneros de Santa Rosa, y algunas pequeñas embarcaciones. El Talca habia sufrido poco á pesar del terrible golpe de tajamar dado al

Guayas, y el Smyrk estaba absolutamente intacto. Solo tenian que lamentar pérdidas insignificantes en comparacion del número de enemigos muertos, dispersos ó hechos prisioneros. El único sentimiento de Garcia Moreno era el no tener bastante gente para perseguir á los fugitivos y apoderarse de Urbina.

Tratábase ahora por los vencedores de hacer su entrada triunfante en Guayaquil; pero Garcia Moreno se acordó de que antes tenia que cumplir un grande acto de justicia. El juicio de los prisioneros debia ser verbal y en una sola sesion. Sobre los cuarenta y cinco que comparecieron ante el consejo de guerra, se reconoció que diez y siete habian sido sacados por la fuerza: Garcia Moreno los perdonó. Los veintisiete restantes, declarados piratas, fueron condenados á muerte, de conformidad con el código, por el crimen de traicion y rebelion. En el número de los condenados figuraban José Marcos, jefe de la partida, que se habia apoderado del Guayas, el coronel Vallejo, Dario Viteri y José Robles. Mientras que la flotilla avanzaba á Guayaquil, cada uno de estos criminales, despues de su sentencia, se aproximaba al sacerdote para recibir el perdon de sus faltas, y las detonaciones sucesivas anunciaban que la justicia humana estaba satisfecha. El sacerdote que habia prestado su ministerio á estos desdichados, pidió gracia para el último y vigésimo septimo, y Garcia Moreno en agradecimiento de haber aceptado aquel puesto peligroso, habia accedido á sus ruegos, cuando examinando de cerca al reo creyó reconocer en él una prenda del uniforme del comandante Matos. - » ¡Habeis asesinado al comandante del Guayas! » exclamó con terrible acento, y bajo aquella mirada de águila, el filibustero se turbó y confesó su participacion en el crimen. -

T. II.

⁴ Se encontró una gran cantidad en billetes falsos.

« No hay perdon para los asesinos, repusó Garcia Moreno: que la justicia siga su curso! »

Estaban ya próximos á Guayaquil. A las cinco, el Smurk se adelantó á llevar las albricias. Toda la ciudad se hallaba en los muelles y en el paroxismo de la ansiedad. A vista del vaporcillo, los grupos se entregaron á diversas conjeturas, segun los secretos deseos de su corazon. Los conservadores auguraban el triunfo del presidente; los cómplices de Urbina deducian, por el contrario, la pérdida del Talca. Al percibir luego el Washington y los demás buques, cada cual pudo creer que Urbina volvia vencedor. La emocion llegó á su colmo, cuando apareció, en fin, Garcia Moreno, en pié sobre el puente del Talca. Un grito inmenso de alegria exhalaron entónces todos los corazones, mientras que las campanas de la ciudad llenaban el ámbito con sus alegres repiques y bandeos, y los marinos españoles, transportados de entusiasmo, saludaban tambien al vencedor con una salva de todas sus baterias.

Notóse, sin demasiada estrañeza, que los vivas mas calurosos partian de los grupos de partidarios de Urbina. Los liberales no se sentian á gusto en presencia del implacable justiciero; porque cierto número de ellos estaba comprometido en este último complot. A la noche, en medio de los regocijos de la poblacion, Garcia Moreno contaba delante de sus amigos las conmovedoras peripecias del combate de Jambeli, y las infames traiciones de ciertos cómplices de Urbína, que le habian sido reveladas por los papeles cogidos en el Washington. — « Ellos nos darán la paz, exclamó, ó mañana verán sobre que cimiento la restablezco yo. » Al dia siguiente, á cosa de las ocho, hizó comparecer á un cierto abogado, el doctor Viola, natural de Buenos-Ayres y agente

principal de Urbina en Guayaquil. Viola se presentó delante del presidente y de los jefes militares que le rodeaban, con la frente altiva y la sonrisa en los labios, como un hombre que nada tenia que temer.

- Doctor Viola, le dijo Garcia Moreno, como abogado debeis saber mejor que yo, que pena merece un traidor.
 - Lo sé, en efecto.
 - ¿Que pena?
 - La muerte.

Entónces le presentó varias cartas halladas á bordo del Washington, las cuales habian sido escritas por Viola mismo al secretario de Urbina, para indicarle con los menores detalles los planes de los conspiradores de Guayaquil, y hasta la suma entregada al comandante del Washington para obtener de él su vapor. En la última nota instaba á Urbina para aproximarse á Guayaquil, pues el pronunciamiento podia verificarse de un dia á otro.

- ¡Doctor Viola, es V el autor de estas cartas?
- No lo puedo negar.
- Prepárese V, pues, á recibir el castigo de los traidores. Será V fusilado á las cinco de la tarde.

En vano se quisó interceder por el culpable. El consul de Buenos-Ayres alegó su cualidad de extrangero; pero Garcia Moreno le contestó que el extrangero está sometido á las leyes de su patria adoptiva. Un alto personage, que habia conocido el proyecto de revolucion y que por su culpable silencio era causa indirecta de tan horribles escenas, vinó tambien á solicitar el indulto de Viola. Garcia Moreno permaneció inflexible:

- V. responderá delante de Dios, le dijó su interlocutor, de la sangre que se va á derramar.
 - No caerá sobre mi esa sangre, contestó Garcia

Moreno, sino sobre el que pudó hacer que se eviten esos sucesos, y no lo hizó.

- Entiendo porque me dice V. eso.

- Me alegro que lo entienda, antes que yo se lo

explique, repusó Garcia Moreno⁴.

Se dijó tambien que su madre, á la sazon de ochenta años y á quien amaba con ternura, intentó suavizarle. — « Madre mia, le contestó con la mas viva emocion; pídame V todo lo que quiera; pero no un acto de debilidad que perderia al país. A las cinco, segun él lo habia decretado, fué conducido Viola á la playa de Guayaquil y fusilado.

Los revolucionarios y liberales, que por sus conspiraciones ó su cobarde complicidad han levantado montones de cadáveres, calificaron este acto de crueldad: los verdaderos políticos solo tendrán admiracion para este héroe, digno émulo del Cid y de Bayardo, que no titubeó en sacrificar su vida por salvar al país de los furores anarquistas, y que por la ejecucion necesaria de algunos malvados, salvó á millares de inocentes. No se proponia él níngun otro resultado, segun lo aseguró á sus compañeros de armas en el momento de partir se de Guayaquil. « Vuestro valor, decia, ha salvado la república. Los piratas han debido buscar otras guaridas, y los amotinados de Santa Rosa no se han atrevido á esperaros. Algunos, ocultándose en las selvas, han podido sustraerse á la espada de la justicia; pero antes de continuar su infame oficio, que mediten estas palabras: el cadalso erigido para el criminal, será en adelante para las gentes honradas garantia de paz y seguridad. »

Urbina y sus cómplices se dieron por entendidos

y Jambéli fué su última proeza en vida de Garcia Moreno. Por lo demás, podian felicitarse de sus hazañas; pues sobre la sangre derramada en estas luchas fratricidas, habian grabado en un año con un millon de pesos á su país. En cuanto á Garcia Moreno, salió de la capital muy enfermo y muy débil, y volvió á entrar perfectamente curado. Las jornadas forzosas, la vida agitada y las violentas peripecias de una lucha, cuya única alternativa era la victoria ó la muerte, disiparon en pocos dias la enfermedad de que hacia tanto tiempo adolecia.

¹ El Nacional, 8 de Marzo 1871, Mentiras de Emigrado.